

*Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán:*

SUMA Y EPILOGO DE LO MAS ESENCIAL QUE CONTIENE EL LIBRO INTITULADO CAUTIVERIO FELIZ, Y GUERRAS DILATADAS DEL REINO DE CHILE.

Estudio preliminar, José Anadón;

Prólogo y Transcripción, Robert A. McNeil. Santiago:

Sociedad Chilena de Historia y Geografía,

Ediciones Universidad Católica de Chile, 1984. 280 págs.

Las Ediciones de la Universidad Católica de Chile y la Sociedad Chilena de Historia y Geografía han tenido el acierto de publicar esta *Suma y Epílogo...* de Núñez de Pineda y Bascuñán. Fundamentalmente, con ello ampliamos el conocimiento de una de las fuentes literarias más importantes de nuestra tradición, que es tan compleja en su composición y calidad. La única edición del *Cautiverio Feliz* con que ahora contamos —salvo la de trozos escogidos— es la que dirigió Barros Arana en 1863 para la Colección de Historiadores de Chile, que reproduce, con algunas lagunas por las dificultades de lectura que encontró el paleógrafo, una versión terminada por Pineda y Bascuñán en 1673. Por un feliz hallazgo del señor Robert McNeil, archivero en los fondos manuscritos de la Bodleian Library de Oxford, estamos ahora en posesión de cuatro nuevos escritos de Pineda y Bascuñán, que giran alrededor del mismo tema central del *Cautiverio Feliz* y encuentran allí su cohesión. La “Suma” —llamada también aquí a veces “Recopilación”— es un resumen del *Cautiverio*, pero de una versión cuyo cuerpo total sigue perdido, versión datable de 1663. Y lo que se denomina “Epílogo” lo es de lo que el autor denomina “Tratado... sobre los medios que pueden ser convenientes y eficaces para el fin último de esta guerra de Chile”. Suma y Epílogo forman, con el *Cautiverio* una masa que filológicamente ha sido difícil de ir conectando interiormente, pero que es, coherentemente, la obra de una vida, proseguida por el autor a través de décadas, alrededor de un mismo tema. El libro que aquí tenemos nos ofrece como el torso de una creación literaria en su largo desarrollo en el tiempo.

Precede al libro un estudio del Dr. José Anadón, investigador tan autorizado para ello por sus anteriores trabajos: *Pineda y Bascuñán, defensor del araucano*, publicado en 1977 por la Editorial Universitaria y el Seminario de Filología Hispánica de la Universidad de Chile, bajo la dirección del Profesor Mario Ferreccio; y *Prosistas coloniales del siglo xvii: Rosales y Pineda Bascuñán*, en 1978, también por el Seminario de Filología Hispánica. Las obras de José Anadón, con la tesis de Sergio Correa Bello, *El Cautiverio Feliz en la vida política chilena del siglo xvii*, de 1965, son las investigaciones más cabales alrededor de esta obra fundamental; sin olvidar contribuciones parciales de otros autores.

Anadón y Correa Bello han dicho mucho sobre el autor y el libro, y no pretendo resumirlos en un breve tiempo. Diría solamente que, para la mirada del historiador, ofrecen un testimonio de que el mundo criollo, ya bien constituido hacia mediados del siglo xvii, está lejos de conformar esa unidad absoluta de convicciones que siempre se supone existente en el mundo colonial anterior a la Ilustración. Es cierto que no faltan esos aspectos que podríamos llamar “unitivos”: la piedad simple, demostrada en versos a la Virgen; la formación latina escolar de los jesuitas atestiguada en ensayos de traducción de poetas romanos; el barroquismo en la profusa erudición y en la composición; el sentido del honor y del linaje.

Pero, debajo de ello, ¡cuántas tensiones o complejidades! La obra patentiza al

criollo noble resentido contra los Gobernadores que ni premian sus servicios ni los de sus antepasados, que son extranjeros a la *tierra*, vocablo que simboliza el suelo y la sangre de los pobladores; nos muestra al hombre de armas crítico del letrado abogadil y del clérigo o religioso abusivo con los indígenas; al vasallo que se siente en el deber de denunciar al Rey los vicios de sus representantes, un Rey al cual se imagina, como en el género medieval de los "Espejos de Príncipes" como Padre, Pastor, Vicario de Dios.

Y está, sobre todo, el asunto central del libro y de los escritos que aquí se editan. A través del breve relato de un cautiverio de apenas siete meses, se nos entrega una visión ennoblecedora de los indígenas, una visión idílica de sus costumbres y de su amor a la tierra patria, una exposición de los justos motivos que han tenido en sus luchas, una denuncia de los abusos de los antiguos conquistadores y encomenderos, y de los más actuales soldados y doctrineros. Con todo, no llega a una radical condenación al estilo de Las Casas, sino que más bien contempla y narra los encuentros, singulares en una guerra, de hombres heroicos a la vez que moderados con él, como lo son a veces temibles caciques o, del lado español, su propio padre, valeroso y magnánimo con los vencidos. Anadón subraya que, en el "Epílogo" o "Tratado" más que centrarse el autor en la descripción idílica de la versión de 1673 —el género idílico (que se acentúa en 1673) es siempre evasión de la civilización a lo primitivo y natural— lo hace en las exigencias de una guerra ofensiva eficaz, que pueda alguna vez terminar, pero que concluya en una paz sincera. En todo caso, a través de diferencias de acento, la obra rinde homenaje a una ética heroica, al reconocimiento de la grandeza del vencido, que enaltece por lo mismo al vencedor. Y a la vez, la obra total da testimonio de la perplejidad, de las dudas morales sobre la justicia de la guerra por parte de su propio pueblo. Esta perplejidad, que no anula la acción, es lo que da al libro la propiedad que el jesuita Rosales caracteriza en una sola palabra, que para la época significaba más y otra cosa que para nosotros: es —dice— un escrito *curioso*.

El libro que publican ahora la Universidad Católica y la Sociedad Chilena de Historia y Geografía repite solamente un capítulo de la edición de 1863, el Primero, con mucho acierto, ya que supera las dificultades de lectura que presentaba aquella. Y, desde luego, nos ofrece un punto enteramente ausente en 1863: la Suma y Epílogo va precedida de una "Descripción manifestativa de las calidades de la tierra del Reino de Chile, de su costa y puertos, sucinta y breve"—unas veinte páginas que, sin encerrar grandes novedades, no carece de interés. Destacaré solamente dos pasajes interesantes: un testimonio de que circulaba popularmente en el Sur, en el xvii, la especie de que los indios de Osorno atravesaban la Cordillera hacia la Ciudad de los Césares (que Pineda y Bascuñán, prosaicamente, identifica con Buenos Aires); y asimismo una descripción de la ciudad de Santiago después del terremoto de 1647: una ciudad devastada, pero ya en modesta reconstrucción.

MARIO GÓNGORA